

XIV

Un cumpleaños de Juárez en el destierro.—Banquete en Chihuahua.—Palabras de Juárez, de Lerdo de Tejada, de Iglesias y de Guillermo Prieto.—Noticias de la muerte de Lincoln.

El Imperio estaba triunfante en la ciudad de México.

El gobierno constitucional de la República, presidido por Juárez, se encontraba en Chihuahua el año de 1865.

Juárez era venerado por los chihuahuenses, que admiraban de cerca la energía con que aquel hombre ilustre sostenía la bandera de la patria, frente á una situación creada, apoyada y defendida por las bayonetas francesas.

El 20 de Marzo, víspera del cumpleaños del grande hombre, el general Ángel Trías, Gobernador y Comandante militar del Estado, dictó las medidas necesarias para que se le hicieran por la plaza los honores correspondientes; pero él lo supo y suplicó en carta particular al gene-

ral Trías, que suspendiera toda manifestación oficial y pública.

Amaneció el día 21, y desde las ocho acudieron al Palacio de Gobierno muchas personas, viéndose á las doce tan llenos los salones, que no se podía en ellos dar paso.

Cerca de la una, el general Trías, acompañado de los empleados civiles y militares del Estado y de la Federación, en un discurso sentido y breve, felicitó al señor Juárez, quien le contestó lleno de agradecimiento é invitó á los presentes á tomar un refresco que él personalmente les sirvió, sin permitir que ninguna otra persona tomara á su cargo ese acto de cortesía amistosa.

Algunos momentos antes se habían repartido las siguientes invitaciones:

El ciudadano general Ángel Trías, gobernador y comandante militar del Estado libre y soberano de Chihuahua:

A nombre de esta ciudad, invita á usted para que concurra á las seis de la tarde de hoy al edificio que ocupa el Tribunal de Justicia, con el objeto de celebrar en una comida el cumpleaños del C. Benito Juárez, Presidente de la República Mexicana.

Chihuahua, Marzo 21 de 1865.

* * *

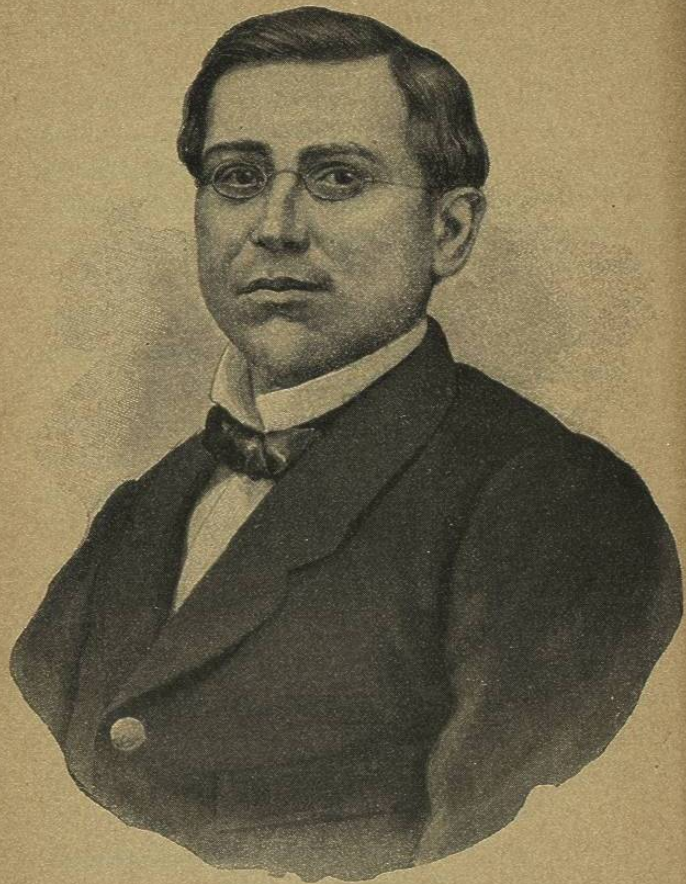
A las siete de la noche llegaron el señor Juárez y sus ministros, encontrándose con gran número de invitados.

El patio del edificio, convertido en comedor, estaba cubierto y adornado con goteras y bandas de los colores nacionales. En la cabecera del salón, entre banderas, descollaba un cuadro, representando el grito de independencia en Dolores, y en el extremo opuesto un retrato del general Ignacio Zaragoza, héroe del 5 de Mayo, pintado por el inolvidable é inspirado artista Juan Cordero.

Las mesas, que ocupaban tres lados del cuadro, estaban llenas de candelabros y de centros artísticos, y los asientos estaban distribuídos de manera que los principales, bajo el cuadro de Hidalgo, los ocupaban el señor Presidente Juárez y los ministros de Relaciones, Justicia y Hacienda, el Gobernador del Estado, el oficial mayor del Ministerio de la Guerra, los presidentes del Tribunal de Justicia y la Diputación Permanente y el Jefe Político.

El segundo centro contenía los asientos del Gobernador constitucional del Estado, C. Luis Terrazas, de los Diputados al Congreso General C. Francisco de P. Urquidi y C. Jesús M. Palacios, y de otros funcionarios.

Al presentarse en el salón el señor Juárez, la música tocó el himno nacional y los concurren-



D. Ignacio Zaragoza

tes prorrumpieron en vivas y aplausos entusiastas.

Las damas principales de la sociedad chihuahuense se habían encargado de los platos que se debían de servir y que resultaron exquisitos.

A la hora de los postres, el gobernador Ángel Trias ofreció el banquete en un brindis en que hizo la sinopsis de la vida, de las virtudes y de los grandes méritos de Juárez, terminando con estas palabras:

«Nunca lo abandona su fe, jamás desespera del triunfo de la causa de la Justicia que sostiene, y en medio de las borrascas de su época, dice con calma á sus compatriotas, como Cristóbal Colón decía á sus marineros: «No temáis: el puerto está próximo.» Tened confianza en el triunfo y continuemos la lucha, porque no está lejos la hora de la caída de los enemigos de la República y el triunfo de la libertad.

» Los azares de la guerra han conducido á este Estado á nuestro ilustre Presidente, y hoy tenemos el honor, mientras el llamado Imperio se entrega á los festines de su corte en la ciudad de México, de saludarlo aquí, con toda la efusión de nuestros corazones, en el día de su cumpleaños. Que la Divina Providencia prolongue sus días hasta que, coronados sus esfuerzos, haga la felicidad de nuestra patria.»

Sonaron estrepitosos aplausos á los que de

pronto siguió un silencio respetuoso é imponente.

Era que el señor Juárez se había puesto de pie é iba á hablar en aquel instante.

Todas las miradas estaban fijas en aquel semblante imperturbable.

«Brindo por la independencia nacional, ciudadanos. (Aplausos.)

»Porque al invocar este nombre sagrado, todo ceda al sentimiento de la patria. (Atención.)

»Porque la hagamos triunfar ó perezcamos.

»Porque el sentimiento de la independencia sea el vínculo de todos los mexicanos, sin otra exclusión que la de los enemigos de la patria. (Voces: «¡Viva la independencia!» Aplausos.)

»Señores: Dar la vida por la independencia, es recibir un gran bien; darla cuando se ve un hombre obligado por el ejemplo de tantos mexicanos dignos, apenas sería llenar un deber. Sin afectación de modestia, sin que quede en el fondo de mi copa un sentimiento hipócrita, repito que los hombres somos nada, que los principios son el todo. Que, más grande nuestra causa que todos los tiranos y su poder y sus ejércitos, triunfará en breve; y que México renovará el testimonio espléndido que ofreció al mundo en el 16 de Septiembre de 1810, mostrándose digna del triunfo de su sagrada autonomía. (Entusiastas aplausos.)

»Brindo por la independencia nacional y elevo por ella este voto, como la única respuesta digna, al honor inmenso que debo al pueblo generoso de Chihuahua, dueño de la más íntima gratitud de mi corazón.»

Las últimas palabras de este brindis, dice la crónica original de aquel día, fueron dichas con la indescriptible elocuencia de la verdad del sentimiento.

La música tocó el himno nacional; en todos los ojos había lágrimas, y se oían hasta en los sirvientes los gritos de «¡Viva Juárez!» «¡Viva nuestro padre!»

* * *

En seguida usó de la palabra don Sebastián Lerdo de Tejada. Su brindis por el Estado de Chihuahua es una verdadera pieza oratoria. Resume los actos de aquel Gobierno errante; encomia á Chihuahua y á sus hijos de tal suerte, que dice de ellos lo que sigue:

«Si es cierto que nunca cesan las obligaciones para con la patria, también lo es que los ciudadanos de Chihuahua, con abnegación y con entusiasta voluntad, elevan á un alto grado el cumplimiento de sus deberes. Los han cumplido antes y los cumplirán ahora, sin desmayar su fe en el triunfo final de la República y sin decaer

su ánimo por los triunfos que ha obtenido en otras partes el invasor. (Estrepitosos aplausos.)



D. Sebastián Lerdo de Tejada

» Los ciudadanos de Chihuahua tuvieron la honra de estar entre los heroicos defensores de Puebla; han seguido derramando su sangre en otros combates; todavía no hace mucho que en

Majoma se distinguieron gloriosamente por su valor, y ahora mismo, una división formada con sólo los recursos de Chihuahua y compuesta de sus hijos, va á avanzar al Estado de Durango para combatir de nuevo con el enemigo. (Frecuentes interrupciones de aplausos, movimiento, vivas.)

» ¡Honor á Chihuahua que no ha omitido sacrificios para defender á la República contra el invasor que pretende dominarla! (Aplausos.)

» ¡Honor al Estado de Chihuahua, que no ha tenido hasta ahora en su seno ningún traidor á la patria, y que tendrá siempre la gloria que le dan las virtudes, la ilustración y el ardiente patriotismo de sus hijos. (Aplausos.)

» ¡Brindo, señores, por el Estado de Chihuahua, libre y soberano entre los Estados de la República Mexicana!»

El entusiasmo rayó en el delirio y volvió á oírse el himno nacional como augurio hermoso de una cercana victoria.

* * *

En seguida el C. Jesús M. Palacios brindó «por los que combaten defendiendo nuestra independencia.» Tuvo arranques hermosos y conmovedores, sobre todo cuando dijo:

«Brindo por la perseverante fe del C. Benito Juárez; brindo por la abnegación y el patriotismo de los que, como Porfirio Díaz, Negrete, Arteaga, Rosales y Ramón Corona, han preferido los sacrificios, las amarguras y el constante riesgo de la muerte, á las comodidades que promete el Imperio.»

Después de que la música tocó el dúo de *Los Puritanos*, el respetable señor don Francisco de P. Urquidí tomó la palabra y desde sus primeras frases conmovió á todos; brindaba por una familia ausente, por la esposa y por los hijos del señor Juárez, por los amados seres de cuyo seno se arrancó el gran repúblico para abrazarse de la bandera nacional que la gran familia mexicana había puesto en sus manos.

Cuando concluyó Urquidí, Juárez, con los ojos húmedos, se puso en pie para contestar, y con voz ahogada por la emoción, dijo, después de dar las gracias... «yo aquí veo la patria y ante ella protesto solemnemente que un sacrificio es nada; que el sacrificio de mi familia sería mucho, infinito para mí; pero que si es necesario, sea...»

No le dejó concluir su emoción; dos lágrimas surcaron por sus mejillas y entre los atronadores vivas que resonaron en su derredor, se sentó, quedando sumergido en hondos pensamientos.

Después habló el señor licenciado don José

María Iglesias. Fué su brindis un discurso admirable, lleno de erudición, de galanura, de patriotismo, de energía y de bellezas oratorias. Yo lo he leído muchas veces, sintiendo el calofrío del entusiasmo. Concluyó así:



D. José María Iglesias

«Brindemos por el triunfo completo, definitivo, del derecho sobre la fuerza; porque Polonia quebrante el yugo de Rusia; porque Italia quebrante el yugo de Austria; porque Santo Domingo reconquiste su independencia; porque México salve la suya de la invasión francesa, siendo este acontecimiento la causa de la caída de Napoleón III. ¡Brindemos por la reivindicación de las nacionalidades; por la salvación y la autonomía de todos los pueblos oprimidos; porque llegue un día en que el sol no alumbre sobre la tierra sino naciones libres de todo dominio, de toda intervención extranjera, constituídas en repúblicas, caminando á pasos agigantados hacia el fin supremo de la perfectibilidad humana por el ancho camino de la libertad y del progreso!» (Aplausos y vivas entusiastas.)

Entre los acordes de la diana, los comensales saludaban al orador, glorificando la causa de todos los pueblos que saben defender sus derechos.

Después de largo instante de expansiones, gritaron muchas voces: «Silencio, silencio»; va á hablar Guillermo Prieto.

El poeta popular, el conocido Fidel que tuteaba fraternalmente á Juárez y á Iglesias, se levantó y dijo una de sus inspiradas poesías patrióticas:

En esos versos pinta el amor á la patria, el odio á los tiranos, los sacrificios de los buenos, la grandeza de Juárez, la hospitalidad y el patriotismo de Chihuahua.

Ven, le dijiste á Juárez: ven y lucha;
ven y tu nombre ¡oh Juárez! eterniza;
yo guardaré tu nombre como guardo
de Hidalgo y de los suyos la ceniza.

Tú, Juárez, sólo á ti, digno te creo
de llevar á tu pecho la cabeza
de Chihuahua inmortal y con terneza
pintarte de los tuyos el deseo.
En su seno renueva tu pujanza
y renueva tus votos en tu día,
para que oiga de ti la Patria mía:
¡Pueblos del Anahuác, fe y esperanza!

El poeta fué abrazado por todos con cariñoso entusiasmo, y después brindaron los señores Blas Balcárcel, Morón, Armendáriz y Mackson.

El señor Juárez y sus Ministros se retiraron satisfechos, y al día siguiente tuvo lugar el magnífico baile con que le obsequiaron algunos amigos en la casa del señor Macmanus y que resultó tan espléndido, que se hizo inolvidable en Chihuahua.

* * *

A los pocos días se vió al señor Juárez triste y preocupado. Acababa de recibir la noticia de que á las siete y veintidós minutos de la mañana del día 15 de Abril (1865) había muerto en Washington Abraham Lincoln, de resultas de la herida que le dió un asesino á las nueve y treinta minutos de la noche anterior.

El señor Lerdo de Tejada dispuso, el 16 de Mayo, que se izara el pabellón nacional á media asta en todos los edificios públicos, y que todas las autoridades civiles y militares y los funcionarios y empleados vistieran luto durante nueve días.

Lincoln redimió cinco millones de esclavos, y Juárez lo admiraba y lo amaba; su muerte le produjo honda pena, y cuentan que al recibir la noticia, se volvió á los señores Lerdo é Iglesias, y les dijo:

«Ha muerto después de concluir su grande obra de redención. ¡Ojalá tengamos vida para

ver libre á la Patria! Ese día, aunque nos muramos, ¿qué felicidad más grande que la de realizar nuestro deseo y desaparecer luego?»

Y le respondió Lerdo: «¡Ya ve usted cómo es la vida; estábamos satisfechos y contentos de las manifestaciones del 21 y del 22 y ahora un duelo profundo nos entristece!»

É Iglesias agregó, lleno de convicción:

«Los hombres mueren, pero la libertad no puede morir nunca; los hombres pasan, pero el Derecho y la Justicia quedan.»

Y aquellos triunviros inolvidables se sintieron heridos de una justa y profunda melancolía.

XV

La esposa del presidente Juárez en los Estados Unidos.—Honores que recibe de la Casa Blanca.—Johnson, Seward y Grant la llenan de consideraciones.—Regreso de Juárez á Chihuahua.—Una profecía cumplida.

La dama, ejemplar en virtudes, que el ilustre Juárez amó con devoción desde edad temprana, sufrió con heroísmo admirable los rigores de la peregrinación por extrañas tierras, durante el éxodo del Gobierno constitucional, del cual era Supremo Jefe su esposo.

Juárez cuidaba con celo paternal el honor de la bandera de la patria, y Margarita Maza de Juárez cuidaba al mismo tiempo el honor, el nombre y la salud de los hijos del gran patricio.

Juárez llevaba el arca de la ley, y ella el arca del amor, del consuelo y de la esperanza.

En medio de las penalidades del destierro, siempre llegó á manos de la inolvidable señora alguna noticia de lo que hacían por la patria